

VIOLENCIA E IDENTIDAD

(Un estudio crítico-ideológico sobre el movimiento guerrillero latinoamericano)

Por H. C. F. MANSILLA

Debido a que los movimientos guerrilleros latinoamericanos se conciben a sí mismos como una forma de contraviolencia, dirigida contra la fuerza represiva de un sistema aparentemente aborrecible, parece convincente considerar a la lucha guerrillera como una reacción adecuada a la *violencia estructural* (1), estimada como la característica determinante de una sociedad no emancipada. El teorema de la *violencia estructural* se funda, empero, sobre una difusidad fundamental (2), que imposibilita el conocimiento del carácter específico del movimiento guerrillero y de sus implicaciones socio-psicológicas y político-culturales.

Aquí se usará un concepto más corriente de violencia: se la concibe primordialmente como la renuncia a la comunicación oral, a la que es inmanente la probabilidad de una confrontación corporal inmediata; se manifiesta mayormente en la consecución física de pretensiones y expectativas definidas unilateralmente. Además, el movimiento guerrillero corresponde a una reacción contra la *violencia institucional* (3), la que tiene como contenido no solamente el deterioro de vidas y bienes, sino que engloba también rela-

(1) Cf. JOHAN GALTUNG, *Strukturelle Gewalt. Beiträge zur Friedensund Konfliktforschung (Violencia estructural. Aportes a la investigación sobre la paz y los conflictos)*, Rowohlt, Reinbek, 1975, *passim*.

(2) La equiparación entre injusticia social y uso de la fuerza conduce a trivializar el concepto de violencia, como anota Peter Waldmann (cf. P. WALDMANN, *Strategien politischer Gewalt (Estrategias de violencia política)*, Kohlhammer, Stuttgart, 1977, páginas 7-9).

(3) El concepto es de PETER WALDMANN, cf. *ibidem*, pág. 10.

ciones de subordinación permanentes y legalmente aseguradas (como las exigencias de respeto y cumplimiento que poseen las instancias estatales con respecto a los ciudadanos). La lucha guerrillera representa, entonces, una forma de uso inmediato de violencia con un cierto efecto social, basado en una renuncia radical a la lealtad hacia el Estado respectivo y en el rechazo de todo diálogo político.

En el marco del presente trabajo se deja a un lado completamente la determinación conceptual exacta y la investigación analítico-descriptiva del movimiento guerrillero latinoamericano (4). Si se mencionan las causas de este fenómeno y algunos de sus productos teóricos, entonces se lo hace únicamente porque éstos revelan algo que podría calificarse como las pautas de pensar y comportamiento de los partidarios de la guerrilla. Uno de los motivos para el movimiento guerrillero se lo puede hallar en los aspectos socio-psicológicos, en las ideas sobre la historia y en las normas colectivas que determinan el medio y los esquemas mentales en los que se mueven los revolucionarios y que se manifiestan en el modo cómo éstos se rebelan contra lo establecido. La combinación de estos elementos con ideales social-revolucionarios y con una tradición específica del uso de la fuerza ha suministrado probablemente el fundamento del cual han surgido los movimientos guerrilleros latinoamericanos.

Como ocurre frecuentemente, la importancia de esfuerzos teóricos, declaraciones programáticas y análisis políticos no reside ciertamente en un mejor conocimiento del objeto investigado ni en el bosquejo de una solución aceptable para problemas existentes, sino en lo que estas «obras» revelan acerca de los prejuicios, las expectativas y las actitudes básicas de sus autores. Las reflexiones siguientes tratan de esta temática, que no ha sido estudiada exhaustivamente por la investigación relativa a la revolución y a la violencia en el ámbito latinoamericano. Una indagación crítico-ideológica de los productos teóricos de los guerrilleros y de sus concepciones básicas sobre

(4) Sobre estos temas existe entretanto una literatura muy amplia, con alto valor científico y periodístico y que considera criterios históricos, comparativos y sistemáticos. Se mencionan aquí sólo algunas obras mayores: FRITZ RENÉ ALLEMANN, *Macht und Ohnmacht der Guerilla (Poder e impotencia de la guerrilla)*, Piper, Munich, 1974; W. HAHLEWEG, *Guerilla (Guerrilla)*, Stuttgart, 1968; RICHARD E. KIESSLER, *Guerilla und Revolution. Parteikommunismus und Partisanenstrategie in Lateinamerika (Guerrilla y revolución. Comunismo de partido y estrategia guerrillera en Latinoamérica)*, Neue Gesellschaft, Bonn, 1975; JAMES KOHL y JOHN LITT (comps.), *Urban Guerilla Warfare in Latin American*, M.I.T. Press, 1974, Cambridge (M.); ROBERT F. LAMBERG, *Die Guerillas in Lateinamerika. Theorie und Praxis eines revolutionären Modells (Las guerrillas en Latinoamérica. Teoría y praxis de un modelo revolucionario)*, dtv, Munich, 1972. Para una definición conceptual de la guerrilla cf. WALDMANN, *op. cit.*, págs. 54-62.

la realidad socio-económica de América Latina puede contribuir a un esclarecimiento del problema de la identidad de estas naciones, que está muy unido al *rol* constitutivo de la violencia, y a una explicación de los modelos repetitivos de comportamiento de la *clase política* del Nuevo Mundo. La lucha guerrillera no es sólo una vía militar e inequívocamente violenta hacia la conquista del poder político, sino también una filosofía específica de la vida, que reúne en sí formas extremadamente marcadas de las normas tradicionales de comportamiento y que, por ende, descubre involuntariamente algunos rasgos de lo que estos movimientos se imaginan sobre la anhelada revolución.

LA FACTIBILIDAD DE REVOLUCIONES

La lucha guerrillera, incluyendo su variante socialista, no es un fenómeno reciente (5). Pero su significación a nivel continental reside en la difusión que ha tenido a partir del triunfo de los revolucionarios cubanos (1958/1959). Juntamente con esto se originó una de las características de las guerrillas urbanas y rurales, que desde entonces se convirtió en un elemento esencial de la identidad de estos movimientos: su índole anti-imperialista, su ideología socialista-revolucionaria y su anhelo de edificar un orden social inspirado esencialmente por el modelo cubano. Estas metas se basan sobre la concepción de que la realidad latinoamericana exige una solución socialista, que esta última es sencillamente inminente y que puede ser puesta en práctica por un grupo de revolucionarios profesionales decididos.

En la historia latinoamericana no ha habido escasez de rebeliones de masas, experimentos populistas y luchas parecidas a las guerrillas, que se distinguían por una orientación anti-imperialista y por vagos ideales de justicia social. Pero los movimientos guerrilleros social-revolucionarios de los últimos tiempos combinan esos ideales con una imagen bastante precisa del orden social deseable y con la convicción imperturbable de que una revolución de este tipo juntamente con la destrucción del Antiguo Régimen es factible aquí y ahora. Son, en cierto modo, un fenómeno muy «moderno» al rechazar estrictamente todo sometimiento a un destino histórico, al organizar eficientemente la voluntad política «correcta» y al tratar de llevar social-técnicamente a la práctica el progreso que ellos consideran oportuno. Es de suponer que tanto la concepción de la factibilidad de revoluciones como la decidida

(5) Antes de la segunda guerra mundial, por ejemplo, hubo guerras de guerrillas muy extensas en el Brasil y Nicaragua: c. ALLEMANN, *op. cit.*, págs. 25-57.

adhesión a un modelo de sociedad de corte socialista estatal, no son propiamente el resultado de una creación intelectual autónoma o el fruto de una tradición revolucionaria genuinamente autóctona, sino más bien el producto de la influencia sufrida de los paradigmas y logros de los centros metropolitanos. Esto es válido, en primera línea, para la adopción del sistema socialista altamente centralizado y basado en el principio de rendimiento, pero igualmente para la predisposición colectiva de actuar en forma metódica a favor de una sola meta revolucionaria y para la convicción de que la consecución de los frutos de la cultura metropolitana —principalmente la modernización y la industrialización— está a la orden del día.

Recién a partir de 1945, en el transcurso de una comunicación creciente entre las metrópolis y las periferias mundiales, han tenido los *efectos de demostración* de las sociedades industrializadas una resonancia pública en grandes audiencias, no sólo en el terreno del consumo masivo, sino también en la esfera de las metas mismas de desarrollo, que desde entonces aparecen como deseables para cada nación. Entretanto, «desarrollo» y «progreso» se han transformado en conceptos mágicos; el orden político y el régimen social que no logren convertirlos en realidad a corto plazo son considerados como retrógrados y sin derecho a existencia propia. En círculos socialistas y nacionalistas de izquierda ha arreciado la crítica al orden establecido a causa de la incapacidad de este último de inducir un progreso cualitativo; en los mismos grupos se discuten incesantemente modelos que tienen como objetivo un desarrollo acelerado hacia la industrialización, el consumo masivo y la consolidación del Estado nacional, y, por tanto, la reducción del abismo entre periferias y metrópolis. El aumento del intercambio informativo a nivel mundial ha generado en la conciencia intelectual de esos círculos un mal-estar intensamente sentido en torno a la situación subordinada de América Latina dentro del contexto internacional, pero ha fomentado al mismo tiempo el convencimiento de que este estado negativo de cosas podría ser superado por medio de un proceso revolucionario. También los estratos medios empezaron a engendrar un potencial mayor de descontentos, ya que sus expectativas crecientes eran muy difíciles de satisfacer en el marco del sistema existente. Todo este conjunto constituye la fuente de la que han brotado las tendencias revolucionarias, incluyendo a los movimientos guerrilleros, los cuales propugnan el uso de la violencia para la consecución de sus fines.

Con cierto derecho se puede aseverar que los revolucionarios e intelectuales provenientes de las capas medias latinoamericanas han sucumbido a la fascinación ejercida por los paradigmas de desarrollo de la civilización metropolitana: son ellos los que han estimulado poderosamente el culto del

progreso en sus respectivos países, los que han hecho un artículo de fe de la imprescindibilidad del desenvolvimiento tecnológico-económico y los que han incitado el descontento colectivo con los magros resultados de la evolución hasta ahora. Por otra parte, la civilización metropolitana, que tuvo su origen en Europa Occidental, ha experimentado un éxito sin precedentes a nivel mundial, y porque fue superior a todas las otras culturas, ha fijado los criterios, según los cuales se juzga el éxito o el fracaso de toda organización social. Entre esos criterios toman el crecimiento económico, la dinámica del desarrollo y el progreso tecnológico el puesto de los valores positivos de orientación, mientras que el estancamiento, la debilidad en el desarrollo y el atraso tecnológico marcan la dirección de lo negativo. La modernidad en sentido amplio —industrialización, Estado expansivo, alto nivel de vida— encarnan las metas normativas del proceso histórico, designando el régimen político y el de la propiedad de los medios de producción las variantes, dentro de las cuales tiene lugar la modernización.

Después de la segunda guerra mundial se manifiestan más claramente algunos resultados del estrecho contacto mantenido entre la exitosa civilización metropolitana y las sociedades latinoamericanas. Las naciones periféricas del Nuevo Mundo han ingresado en una crisis de identidad, sobre todo después de que sus élites rectoras han abandonado las tradiciones y los valores de la propia historia y adoptado las normas y los modelo de los países septentrionales; esta crisis es sentida más intensamente cuando grandes audiencias públicas se dan cuenta de que ellas no pueden conseguir fácilmente esos logros. Ahora bien, los grupos revolucionarios y los intelectuales progresistas son proclives, generalmente, a creer en los elementos centrales del paradigma de desarrollo mencionado anteriormente, pero a postular, al mismo tiempo, modelos socialistas o nacionalistas de izquierda para alcanzar más rápidamente la realización de ese ejemplo. En la conciencia intelectual colectiva se manifiesta ésto en el esfuerzo por salvar una vía autónoma de desarrollo y por conservar un mínimo de identidad nacional, aunque sea en campos secundarios de la evolución moderna y agotándose frecuentemente en el énfasis dado al carácter autóctono de la esfera político-cultural. En este contexto se debe determinar el *rol* jugado por los movimientos guerrilleros latinoamericanos con respecto a la cultura política y a los métodos de lucha, pues ellos han tratado simultáneamente de introducir procedimientos «modernos» y de revigorizar algunos aspectos tradicionales.

La justificación existencial del movimiento guerrillero latinoamericano está sujeta al intento de representar una vía particularmente rápida y eficiente para la conquista del poder político y de ofrecer una solución óptima para todos los problemas del subdesarrollo, especialmente en la consecución

de una justicia social permanente. Mientras que la conquista de estos aspectos en los terrenos del desarrollo, el progreso y la justicia social está ligada a la construcción de un modelo de socialismo estatal, anticipado ya en todas sus características esenciales por el socialismo existente en las metrópolis de este signo, el movimiento guerrillero latinoamericano pretende encarnar una vía autónoma únicamente en lo que se refiere a los métodos de lucha hasta el momento de la toma del poder y a la conformación de elementos secundarios de la vida política. Estos últimos adquieren, a pesar de su naturaleza bastante marginal, una significación mucho mayor de lo que les correspondería por derecho en el contexto de los procesos sociales, porque el énfasis en lo propio, autóctono y autodesarrollado conserva un mínimo de particularidad nacional y alimenta la ilusión de una creación original en las políticas de desarrollo. La fuerza de atracción del movimiento guerrillero sobre intelectuales descontentos reside en su capacidad de ofrecer aparentemente una salida a los anhelos colectivos de autonomía, originalidad y de una bien fundada identidad nacional; la formación de esta identidad presupone, además, la inclusión, repetida y abundante, de la violencia física inmediata, la que representa una constante profundamente enraizada y positivamente reputada de la tradición ibero-católica.

A la autoconcepción del movimiento guerrillero pertenece no sólo este renacimiento de viejos valores y formas tradicionales de controversia social, sino también la aceptación de la moderna sociedad industrial, una aceptación que, a veces, se transforma en una inequívoca fascinación por normas y logros de índole tecnocrática e instrumentalista. Este hecho ha posibilitado, en el fondo, la enorme popularidad del modelo de socialismo de Estado entre los grupos revolucionarios en América Latina. Con respecto a ésto, Seymour Martin Lipset señaló que en el Nuevo Mundo se identificaba al socialismo con un rápido crecimiento económico y con la consecución de una extensa modernización social, mientras que el capitalismo era equiparado con la tradicionalidad y con un crecimiento lento (6). Darcy Ribeiro designó a los diferentes regímenes socialistas como variaciones de un solo modelo básico para la aceleración del progreso tecnológico-industrial (7). La inclinación generalizada por los modelos socialistas de desarrollo y la peculiar atractividad del experimento cubano están íntimamente relacionadas con el concepto

(6) S. M. LIPSET, «Values, Education, and Entrepreneurship», en S. M. LIPSET y ALDO SOLARI (comps.), *Elites in Latin America*, Oxford University Press, Londres/Nueva York, 1967, pág. 35; PIERRE CHALIAND, *Les mythes révolutionnaires du Thiers Monde*, Seuil, París, 1976, *passim*.

(7) DARCY RIBEIRO, *Der zivilisatorische Prozess (El proceso civilizatorio)*, Suhrkamp, Francfort, 1971, pág. 168.

tan ampliamente difundido de que todos los regímenes no socialistas carecen de la dinámica necesaria para el desarrollo y de la voluntad colectiva para mantener la identidad nacional y que hoy en día sólo un gobierno socialista estaría en la condición de llevar a cabo ambas tareas en un lapso mínimo de tiempo.

La implementación de estas tareas auto-impuestas tiene lugar mediante formas de violencia fundadas en antiguas tradiciones y en elementos autóctonos, pero está canalizada por la «moderna» imagen de la factibilidad de las revoluciones, es decir, de la planificación consciente y la ejecución racional de las mismas. Este rasgo *tecnicista* y la estructuración interna del movimiento guerrillero indican su cercanía a la *concepción leninista del partido* y, por tanto, a las formas contemporáneas de organización burocrático-instrumentalista. Esta concepción presupone la convicción de que el partido encarna una maquinaria altamente perfeccionada, eficiente y confiable para ejecutar complicadas tareas sociales, capaz de lograr éxitos notables mediante esfuerzos relativamente pequeños; en este contexto se dan igualmente la certidumbre de que los gremios rectores de tales aparatos pueden suministrar un análisis siempre válido de la realidad social y determinar instrucciones para actuar liminarmente correctas. En este caso se correlaciona la creencia moderna en la omnipotencia de la organización adecuada con la teoría de la infalibilidad del partido y de sus conductores, los revolucionarios de profesión.

LA CONCEPCION DE DEMOCRACIA DEL MOVIMIENTO GUERRILLERO

En analogía a la concepción leninista del partido, los dirigentes y teóricos del movimiento guerrillero latinoamericano parten de la presunción de que la evolución socio-económica de estos países exige la transición inmediata al socialismo, que la lucha guerrillera es el método cabal para la conquista del poder y que el propio grupo tiene la obligación de tomar la dirección de este proceso. Naturalmente que ni Lenin y sus sucesores nunca dieron su aquiescencia a la guerra de guerrillas, pero tanto su partido como las guerrillas comparten la convicción en la factibilidad de revoluciones por medio de procedimientos eminentemente políticos, conspirativos y técnico-organizativos. La legitimidad de ambos fenómenos se mantiene y cae con la misma pretensión, a saber, con la suposición de la veracidad de la propia teoría y la necesidad del *rol* dirigente de la propia organización (8).

(8) Cf. KIESSLER, *op. cit.*, págs. 32 y sigs.

Para un examen crítico-ideológico de esta tendencia resultan ser de capital importancia las presuposiciones y las precondiciones que han adquirido el valor de obvias y que constituyen, por ende, el fundamento de todos sus trabajos teóricos y programáticos. Primeramente hay que señalar que todas las declaraciones de los diversos grupos guerrilleros y de sus pensadores se distinguen por el carácter incontestable que atribuyen a la «crisis insoluble» de las sociedades latinoamericanas; igualmente indiscutible es la índole de la revolución socialista —siguiendo el modelo cubano—, cuya necesidad absoluta postula esta corriente. La crisis del orden existente y, sobre todo, la inminencia de una situación ya revolucionaria no son las conclusiones de un análisis cuidadoso, sino los puntos de partida de toda argumentación. El tomar partido por la vía socialista no es el resultado de una larga reflexión científica, examinando y ponderando posibilidades, alternativas y obstáculos, sino más bien el comienzo generalmente aceptado de todos los esfuerzos del pensamiento; estos últimos adoptan el carácter de meras ilustraciones, que comentan algunas presunciones básicas decretadas *a priori*. Inútilmente se esperaría de los teóricos de la guerrilla que éstos admitiesen que algún asunto es problemático o que no puede ser analizado de modo inequívoco; ya que la complejidad liminar del objeto investigado no puede ser percibida o reconocida, todos los conocimientos, juicios y decisiones de aquellos teóricos y grupos son proclives a adoptar los rasgos de lo obvio, lo simplificado y hasta de lo poco serio —por lo demás, un excelente motivo para acrecentar la popularidad de estas concepciones—. Naturalmente que hay un cierto margen para la crítica y la autocrítica dentro de los grupos guerrilleros y en el nivel teórico, pero exclusivamente para fenómenos accidentales y decisiones secundarias y no para problemas centrales (9).

Un pensamiento, que está determinado hasta tal grado por lo obvio, denota una afinidad notoria hacia sistemas dogmáticos y se inclina irremediablemente al fomento de pautas autoritarias de comportamiento y a imposibilitar normas democráticas. Su cercanía a la concepción leninista del partido se manifiesta igualmente en la convicción de que el gremio rector de la

(9) Ejemplar para esta actitud es la autocrítica del influyente teórico de las guerrillas Régis Debray, que sometió sus antiguas concepciones sobre la guerra de guerrillas a un extenso análisis, pero no para cuestionar enunciados centrales de su pensamiento, sino para tratar solamente asuntos específicos de la estrategia guerrillera (la teoría del foquismo). Debray critica ante todo el hecho de que la recepción y estudio de los clásicos marxistas no han sido lo suficientemente adecuados (cf. R. DEBRAY, *Kritik der Waffen. Wohin geht die Revolution in Lateinamerika?* [La crítica de las armas, ¿Adónde va la revolución en América Latina?], Rowohlt, Reinbek, 1975, páginas 67 y sigs.).

guerrilla posee el monopolio del saber y de las decisiones correctas y que las masas actúan convenientemente cuando ejecutan escrupulosamente las órdenes de arriba. La dirección de la guerrilla nunca ha puesto en cuestión su privilegiada posición dentro del movimiento respectivo; debido a una pretendida superioridad en conocimientos y en facultad decisoria con respecto a sus miembros sencillos y a la totalidad de las masas subprivilegiadas, el gremio rector ha insistido continuamente en sus derechos a comandar, justificándolos con el mismo argumento. Todas las corrientes de este movimiento sostienen que poseen el derecho y la obligación de iniciar entre las masas un proceso de aprendizaje para que éstas lleguen a comprender la negatividad del sistema establecido y la bondad de las soluciones propugnadas por la guerrilla (10). En el mejor de los casos las guerrillas se guían por una estrategia que está destinada a los intereses de las masas, pero que no prevé la participación política de las mismas. La legitimidad del movimiento se relaciona con su pretensión de conducir la «correcta» lucha revolucionaria de liberación enfrente de una situación socio-política que, según sus teóricos, contiene ya todos los elementos para empezar con la construcción del socialismo.

Estas expectativas quiliásticas acerca del fin inminente del orden tradicional y del comienzo sano de un mundo socialista perfecto no son generalmente compartidas por las masas dependientes. Los revolucionarios de profesión se sienten entonces obligados a explicar a las masas una y otra vez sus ideas y decisiones, que, según ellos, son las únicas que pueden tener éxito (11). Significativamente, el trabajo político fue definido por Ernesto Che Guevara como el intento de «explicar» a las masas tanto tiempo las indicaciones de arriba, hasta que éstas las consideren como propias (12). Esta concepción es el testimonio de un marcado *paternalismo*, de acuerdo al cual la iniciativa de la dirección de la guerrilla o del partido es siempre la mejor imaginable y la más adecuada a los intereses populares. Pero también en los casos en que no se subraya la infalibilidad del gremio rector, la distribución del saber y de la facultad decisoria —y, por tanto, del poder en sentido amplio— queda evidentemente desplazada a favor de la dirección: las masas son concebidas como un fenómeno más bien amorfo, que poseen a

(10) Cf. KIESSLER, *op. cit.*, págs. 7 y sigs., y 14.

(11) Cf. CARLOS ROMEO, «Revolutionary Practice and Theory in Latin American», en IRVING LOUIS HOROWITZ, JOSUÉ DE CASTRO y JOHN GERASSI (comps.), *Latin American Radicalism. A Documentary Report on Left and Nationalist Movements*, Random, Nueva York, 1969, pág. 593.

(12) ERNESTO CHE GUEVARA, «El socialismo y el hombre en Cuba», en GUEVARA, *Obra revolucionaria* (compilada por Roberto Fernández Retamar), Era, México, 1967.

veces ocurrencias e informaciones valiosas, pero que no tienen la facultad de diseñar las grandes líneas de la estrategia a largo plazo, no disponiendo de los conocimientos necesarios acerca del decurso de la historia universal. Entre las convicciones tácitas, pero muy efectivas de los guerrilleros, se halla la suposición de que solamente ellos están capacitados para percibir los verdaderos anhelos del pueblo y las necesidades ineludibles de los procesos históricos, lo que fundamentaría la pretendida superioridad moral del movimiento guerrillero sobre otras formas de la lucha política (13).

La fe apenas relativizada en la ortodoxia de la propia misión mejoradora del mundo se correlaciona con un dogmatismo fundamental, con una actitud elitaria con respecto a las instancias inferiores de la organización y con un tratamiento paternalista de las masas dependientes. Tanto los críticos como antiguos participantes del movimiento guerrillero han llamado la atención hacia el nexo de compasión y autoritarismo existente entre los guerrilleros y los campesinos (14); quién mandaba y quién obedecía estaba claro en todos los grupos desde un comienzo.

La estructura interna de la guerrilla, tanto en sus variantes rurales como urbanas, se basa en un orden estrictamente jerárquico, que consiste, en analogía al partido de tipo leninista, en un eslabonamiento de mando inequívoco de arriba hacia abajo y en la vaga posibilidad, apenas practicada en la realidad, de elegir las instancias superiores desde los niveles inferiores. Esta jerarquía piramidal conlleva la atribución de los más amplios poderes y de toda clase de privilegios al gremio rector, mientras que a las masas les toca la gran responsabilidad de llevar a la práctica las decisiones de la autoridad revolucionaria. Obediencia, perseverancia, sumisión y diligencia se convierten entonces en valores de orientación positivos, confirmados por las necesidades de la situación militar; todos los grupos guerrilleros son proclives al establecimiento de tribunales severos y de castigos duros para sancionar faltas y omisiones (15). Cuando la obediencia militarizada se transforma en una

(13) Cf. KIESSLER, *op. cit.*, pág. 202.

(14) LAMBERG, *op. cit.*, pág. 51; HÉCTOR BÉJAR, *Perú, 1965: Apuntes sobre una experiencia guerrillera*, Casa de las Américas, La Habana, 1969, cap. 7. Jaime Arenas escribe que la guerrilla en Colombia tuvo que impregnar a los campesinos la conciencia de clase correcta, para que éstos comprendieran por fin su propia situación (J. ARENAS, *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN colombiano*, Tercer Mundo, Bogotá, 1971, pág. 43).

(15) Obediencia ciega con respecto a los superiores y severas penas para las faltas exigen asimismo los teóricos de la guerrilla urbana uruguaya: cf. ANTONIO MERCADER y JORGE DE VERA, *Los tupamaros. Estrategia y acción*, Omega, México, 1971, pág. 99. Jaime Arenas informa exhaustivamente sobre los privilegios de los jefes, la dureza de los castigos, la falta de solidaridad entre los miembros de la organización y el énfasis

virtud central, entonces queda poco espacio para el florecimiento efectivo de procedimientos democráticos —consecuentemente, Debray se opuso a una «democracia discutidora» en los grupos guerrilleros y recomendó más bien la prioridad de los puntos de vista militares (16).

El movimiento guerrillero latinoamericano se ha destacado por una forma particular del autoritarismo elitario, que engloba la utilización intensa de violencia física inmediata, denotando simultáneamente una cercanía innegable a las tradiciones seculares del área latinoamericana en lo concerniente a los antagonismos sociales. Se trata de la tendencia a la *militarización* de toda la lucha revolucionaria: los teóricos de la guerrilla rural han hecho un significativo aporte a la tecnificación de la guerrilla en el sentido de emprender y enjuiciar todas las actividades y medidas de la organización según el criterio de la efectividad militar (17). Se ha reprochado, con todo derecho, a la importante obra de Régis Debray, *La revolución en la revolución* (17), el haber esbozado una estrategia para la toma del poder que se agota en cuanto tal en el terreno de lo técnico-militar, por lo que tiene poco en común con los problemas de una revolución social. La subordinación de todas las tareas de la lucha revolucionaria bajo puntos de vista táctico-militares conduce obligatoriamente a una separación de la guerrilla con referencia a las masas subprivilegiadas, que pierden así toda posibilidad de identificación con aquellos partidarios del efectivismo militarista. Esa subordinación constituye igualmente el núcleo de la teoría de la guerrilla urbana de Carlos

en las virtudes tradicionales (cf. ARENAS, *op. cit.*, págs. 120, 125, 136 y sigs., y 159 y siguientes).

(16) R. DEBRAY, *Revolution in der Revolution? Bewaffneter Kampf und politischer Kampf in Lateinamerika (¿Revolución en la revolución? Lucha armada y lucha política en América Latina)*, Trikont, Munich, 1967, págs. 123 y sigs. Debray se manifestó por una jerarquía estrictamente piramidal como estructura social en la guerrilla (*ibidem*, páginas 49 y siguientes). Según Arenas, la disciplina reemplazó toda forma de democracia en la guerrilla colombiana; las discusiones internas eran prácticamente desconocidas y serían sencillamente inconcebibles en las instancias inferiores (ARENAS, *op. cit.*, páginas 159 y siguiente).

(17) Sobre la militarización en sentido crítico: JAMES PETRAS, «Debray: Revolutionary or Elitist?», en LEO HUBERMAN y PAUL M. SWEEZY (comps.), *Régis Debray and the Latin American Revolution*, Monthly Review Press, Nueva York/Londres, 1968, págs. 106-114; JOÃO QUARTIM, «Leninism or Militarism?», en KOHL y LITT (comps.), *op. cit.*, págs. 149-157; LAMBERG, *op. cit.*, págs. 20-25.

(18) La importancia de esta obra reside en el hecho de que gozó por largo tiempo del reconocimiento oficial del gobierno cubano y de que reproducía a nivel intelectual las ideas de los guerrilleros. Véase la introducción «oficialista» de Roberto Fernández Retamar, donde se mencionan algunos detalles de ese reconocimiento: R. DEBRAY, *op. cit.*, págs. 5-7.

Marighella, quien, de manera aún más marcada que Debray, creía en la omnipotencia y en la resonancia social de la perfección técnico-militar, con la cual él quería dotar a la violencia revolucionaria (19). Otras agrupaciones con éxito momentáneo, como los *Tupamaros* en el Uruguay, subrayaron en sus declaraciones los aspectos «estratégico-políticos» de la lucha al lado de los meramente «estratégico-militares», pero los primeros permanecen sintomáticamente nebulosos e inexactos, mientras que los últimos se agotan en instrucciones para actos de sabotaje, represalias, ataque y engaño, a los cuales se les atribuye una significación social sobresaliente (20).

La militarización de la lucha política permite reconocer un cierto modo de la utilización de la violencia, que prolonga algunos elementos de la tradición ibérica, del *caudillismo* latinoamericano y del comportamiento anómico de protesta y que los cohesionan simultáneamente como «derecho a la rebelión justa» (21). La tradición latinoamericana es muy rica en fenómenos del uso inmediato de la violencia y muy pobre en procedimientos de la regulación pacífica de conflictos y en la resolución mediata de intereses controvertidos, así que la guerra de guerrillas puede proseguir una vieja tendencia. Pero esto ocurre, como corresponde a la época, dentro del marco de una predecisión por el modelo de socialismo estatal y de acuerdo a los criterios modernos de eficiencia y éxito. Fascinada por los aspectos de la cultura occidental de los cuales carece, como la minimización del esfuerzo y la actuación controlada instrumentalmente por el éxito, la conciencia colectiva de los revolucionarios se inclina por una adopción unilateral de esos valores y normas, que, en este nuevo contexto, sirven exclusivamente a la militarización. El resultado es esa combinación híbrida de los aspectos tradicionales de una corriente autoritaria e iliberal con soluciones contemporáneas tecnicistas, que sigue imposibilitando la formación de un consenso democrático convenientemente amplio y perpetuando el *rol* de la violencia inmediata como el método usual de la regulación de conflictos, pero esta vez en nombre de una supuesta liberación popular. El movimiento guerri-

(19) Cf. CARLOS MARIGHELLA, «Questions of Organization, Problems and Principles of Strategy» y «Minimanual of the Urban Guerilla», en KOHL y LITT (comps.), *op. cit.*, págs. 73-135. En sentido crítico al complejo de la guerrilla urbana: LAMBERG, *op. cit.*, págs. 205 y sigs.

(20) Cf. MERCADER y VERA, *op. cit.*, págs. 13-21, 25, 46-59, 96; igualmente: *Nous les tupamaros*, Máspero, París, 1972, págs. 9 y sigs., y 186 y sigs.

(21) ORLANDO FALS BORDA, *Las revoluciones inconclusas en América Latina 1809-1968*, Siglo XXI, México, 1968, pág. 49. Fals Borda concibe al movimiento guerrillero como una corriente de protesta social, que reúne en sí elementos subversivos y utópicos y que actúa como contraviolencia con funciones emancipatorias e igualadoras. Cf. KIESSLER, *op. cit.*, pág. 305.

llero puede fundamentarse con la conciencia tranquila en la larga historia latinoamericana de índole autoritaria y antidemocrática, evitando el surgimiento de una conciencia crítico-política y manteniendo los elementos de un orden patriarcal y violento bajo el manto de progresividad y autoctonismo.

El nexo de soluciones militar-tecnicistas con autoritarismo político-cultural genera, en realidad, un sistema social altamente centralizado y antipluralista, del cual la conciencia colectiva espera la superación de todos los problemas económicos y sociales inherentes al desarrollo. La Revolución cubana anticipó ya la militarización de terrenos civiles, para lograr la eficiencia, el orden y la sistemática del aparato militar en el campo de la producción (22). Lo que esta tendencia entiende por democracia y participación, consiste, en el fondo, en el fortalecimiento de la cohesión social, el fomento de la lealtad hacia la jefatura revolucionaria y el disciplinamiento de las masas trabajadoras, envuelto todo esto por declaraciones verbales en favor de la «verdadera» democracia. Esta concepción de democracia del movimiento guerrillero no inducirá probablemente un proceso libre de formación de opiniones y voluntades políticas, el que presupone la vigencia y el ejercicio de los derechos políticos: la democracia es impensable sin discusión, y ésta exige la libertad de disentir. Análogamente a la mayoría de las corrientes socialistas y nacionalistas de izquierda en América Latina, los movimientos guerrilleros ocasionan una confusión nada casual entre sentimientos y conciencia política y una identificación del entusiasmo de las masas con una participación política efectiva de la población, por lo cual la interrupción del empleo autoritario de la violencia queda reservada a un futuro incierto.

ESQUEMAS DE PENSAMIENTO Y ACTUACION EN LOS GUERRILLEROS

En el movimiento guerrillero latinoamericano, la concepción acerca de la factibilidad de las revoluciones es acompañada por una forma determinada del uso de la fuerza: a la lucha se le atribuye la función de un catalizador

(22) Sobre la militarización de la Revolución cubana cf. RENÉ DUMONT, *Cuba, est-il socialiste?*, Seuil, París, 1970; KIESSLER, *op. cit.*, págs. 9, 437 y sigs. En Cuba el ejército se ha convertido en un factor productivo y ordenador de primer rango, sobre todo en la etapa en la que son necesarios aumentos importantes en la producción y la productividad a causa de los ambiciosos proyectos de desarrollo, y en la cual ha bajado la motivación de la población trabajadora para alcanzar un rendimiento mayor. Grupos laborales militarmente organizados (como las «Brigadas Che Guevara») se consideran explícitamente como grupos productivos de combate, siendo su productividad más alta que el promedio (cf. KIESSLER, *ibidem*, pág. 9).

que conduce las tendencias rebeldes latentes a una explosión real y la potencialidad de un ejemplo irresistible, que provocaría una multitudinaria imitación. Todas estas agrupaciones alimentan la esperanza de que las masas urbanas o rurales van a reconocer en ellas su propia vanguardia y van a hacer causa común con ellas; esperan no sólo un apoyo relativamente espontáneo de parte de la población subprivilegiada, sino también la difusión y el agrandamiento crecientes de las unidades guerrilleras como resultado de sus acciones demostrativas de lucha (23). Esta «filosofía de la acción» deja reconocer un *activismo* teñido de voluntarista, enlazado, por un lado, con la tradición ibero-católica, y, por otro, con estructuras sociales donde la apatía social es un fenómeno masivo muy usual; el activismo surge en este último contexto como una reacción tan desesperada como frecuente. El activismo proviene de una concepción elitaria de sí mismo: debido a la ventaja en el saber y a los mejores conocimientos, los guerrilleros estarían en la facultad de enseñar a las masas el camino correcto; estas últimas, ahora con los ojos abiertos, no podrían hacer otra cosa que plegarse a la lucha guerrillera (24).

Uno de los rasgos fundamentales de la concepción activista-voluntarista consiste en una relativa desatención de las condiciones objetivas y en una sobrevaloración correspondiente de la propia actuación. Por tanto, la lucha misma de los rebeldes crearía las condiciones de la revolución cuando éstas no estén dadas aún. Al foco guerrillero inicial y estrictamente delimitado se le atribuye la capacidad de modificar las circunstancias sociales y políticas de una sociedad determinada de manera inmediata, duradera e irrevocable y en dirección a un agravamiento revolucionario de la situación (25). En la mayoría de los casos latinoamericanos, esta concepción ha demostrado ser

(23) Este aspecto *demonstrativo* tiene como objetivo un ensanchamiento de las propias filas mediante la denuncia de las injusticias y la exposición de las desventajas sociales. Sobre este efecto *comunicativo* del uso de la fuerza cf. WALDMANN, *op. cit.*, página 24.

(24) A Ernesto Che Guevara se le atribuye el siguiente dicho, que reproduce acertadamente la actitud básica de las guerrillas rurales: «Tú tomas un fusil, te instalas en cualquier aldea del Brasil y esperas. Todo el resto seguirá» [citado en JEAN ZIEGLER, «Erinnerungen an Che Guevara. Guerilla in Afrika» («Recuerdos del Che Guevara. Guerrillas en Africa»), en H. R. SONNTAG (comp.), *Che Guevara und die Revolution (Che Guevara y la revolución)*, Fischer, Francfort, 1968, pág. 69].

(25) Cf. ALLEMANN, *op. cit.*, pág. 392; KIESSLER, *op. cit.*, págs. 374 y sigs.; LAMBERG, *op. cit.*, pág. 18; testimonios propios también de la guerrilla urbana en «Treinta preguntas a un tupamaro», en MERCADER y VERA, *op. cit.*, pág. 46. Este principio fue codificado igualmente en una declaración oficial de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) en verano de 1967. Cf. ERNESTO F. BETANCOURT, «Exporting the Revolution to Latin America», en CARMELO MESA-LAGO (comp.), *Revolutionary Change in Cuba*, Pittsburgh University Press, Pittsburgh, 1971, pág. 117.

completamente insostenible, pero la vigencia y difusión continuadas de estas ideas indican su vigor y sus raíces profundas en la conciencia colectiva. Cuando los fracasos, sin embargo, provocan sólo alteraciones relativamente limitadas de la estrategia revolucionaria (como el cambio de la estrategia del foco rural a la guerrilla urbana conspirativa), que permanecen dentro del ámbito técnico-militar, entonces se puede llegar a la conclusión de que las convicciones de los jefes guerrilleros son accesibles a argumentos crítico-racionales sólo en un grado muy reducido.

El activismo posee además otras características. La subvaloración de la situación objetiva seduce muy pronto a un análisis simplificado y hasta frívolo de las cuestiones socio-económicas, máxime si la propia actividad revolucionaria debería alterar esa realidad. Hasta cientistas sociales de marcada orientación izquierdista han criticado severamente a los teóricos principales de la guerrilla rural a causa de su concentración en la única acción de índole revolucionaria y redentoria: los escritos de la guerrilla no tendrían ningún carácter científico, sino únicamente propagandístico (26) y sería vano buscar en ellos un análisis serio de la estructura de clases y de las particularidades de los países latinoamericanos (27). Debray sobre todo habría tratado de liquidar definitivamente la función de la teoría revolucionaria; habría trivializado la importancia del pensar y hasta la de la experiencia, como si se tuviese que hacer todo por vez primerísima (28).

Ciertamente todos los grupos y dirigentes guerrilleros, siguiendo una tendencia de moda muy difundida, se declaran partidarios del socialismo científico, pero todos sus productos con pretensiones teóricas alcanzan apenas la categoría de panfletos políticos. Sus enunciados acerca de la realidad latinoamericana no serán analizados aquí; en ellos, empero, se manifiestan los esquemas centrales del pensamiento guerrillero, que, por cierto, son típicos para una gran parte de la conciencia colectiva latinoamericana. En ellos se puede constatar la inclinación de pensar en categorías estrictamente *dualistas* sin consideración de matices: la realidad es concebida como un cuadro negriblanco, en el que las diferenciaciones son superfluas. Esto se correlaciona con una actitud *maniqueísta*, expandida por toda Latinoamérica: la historia universal sería el lugar del combate entre dos principios (los buenos socialistas y los perversos capitalistas), debiendo realizarse lo bueno

(26) A. G. FRANK y S. A. SHAH, «Class, Politics, and Debray», en HUBERMAN y SWEETZ (comps.), *op. cit.*, pág. 13.

(27) *Ibidem*, pág. 12.

(28) CLÉA SILVA, «The Errors of the Foco Theory», en HUBERMAN y SWEETZ (comps.), *ibidem*, págs. 22 y sig.; MARCELO DE ANDRADE, «Considérations sur les thèses de Régis Debray», en *Les Temps Modernes*, núm. 275, vol. 1969, págs. 2009-2036.

exclusivamente por medio de la impugnación de lo malo. El enemigo no es sólo el representante de otros intereses sociales, sino ante todo la encarnación moralmente depravada de un orden demoníaco (29), lo que se manifiesta en las declaraciones de índole melodramática de la guerrilla, en sus descripciones de la «burguesía» semejantes a caricaturas y en el estilo general que anima a las expresiones teóricas de orientación guevarista.

La falta de matices y la simplicidad del enfoque dualista-maniqueísta no podían quedar sin consecuencias para la percepción y elaboración de la realidad político-social. Los partidarios de la guerrilla —como también una gran parte de la población latinoamericana— son capaces de aprehender problemas sociales sólo por medio de una visión simplificada, lo que trae consigo proyectos muy esquemáticos para solucionarlos. Casi todas las corrientes revolucionarias coinciden en la suposición de una amplia *uniformidad del marco de referencia socio-económico*: se tiene, por ejemplo, la estructura de clases y estratos en las sociedades latinoamericanas como una cosa ya comprobada y no digna de indagaciones ulteriores, una estructura que no denotaría grandes diferencias nacionales o regionales y que se destacaría tanto por su transparencia como por su extrema sencillez (30). La pretensión de vigencia de la estrategia revolucionaria de Guevara y Debray se fundaba en una concepción semejante de la uniformidad de fenómenos sociales desde México hasta la Argentina, la que hacía innecesarios análisis detallados de cada país. Esta presunción es complementada por la idea de una *polarización extrema de clases* en todas las naciones del subcontinente, según la cual habría una confrontación entre una delgada capa de explotadores y una masa gigantesca de explotados. Esta polarización tendría lugar dentro del contexto de un orden económico primordialmente agrario y feudalista, en el que cabrían principalmente dos clases: los grandes terratenientes, de un lado, y los campesinos y los labriegos vegetando en la miseria, por otro (31). Mientras los partidarios de la guerrilla urbana transfieren la misma estructura polarizada a las ciudades, los teóricos de la guerrilla rural son proclives a ver todos los aspectos de la cultura urbana como una *quantité négligeable*, incluyendo al proletariado industrial y a los estratos medios;

(29) Cf. CARLOS ROMEO, *op. cit.*, págs. 600 y sig.

(30) Un ejemplo de esto se halla en una de las últimas obras de ERNESTO CHE GUEVARA, «Message to the Tricontinental», en HOROWITZ, CASTRO y GERASSI (comps.), *op. cit.*, pág. 615; y en el «Manifiesto de Simacota» del Ejército de Liberación Nacional de Colombia (ELN), en ARENAS, *op. cit.*, págs. 47 y sig. Paradigmáticas para este enfoque son las obras de Régis Debray.

(31) Para la derivación teórica de esta concepción cf. KIESSLER, *op. cit.*, páginas 253-263.

ambas corrientes postulan además el carácter «capitalista monopólico» de la industria, que obviamente sirve exclusivamente a los intereses extranjeros y al consumo suntuario de las élites. Los trabajadores especializados que reciben mejores salarios formarían una «aristocracia obrera», la que sería contrarrevolucionaria y numéricamente ínfima (32). Este pensamiento esquemático y no diferenciado es incapaz de comprender adecuadamente en toda su extensión las irrupciones de la modernidad en América Latina y la complejidad de las estructuras sociales; el fracaso de diversos movimientos guerrilleros tiene que ver, hasta cierto grado, con estas equivocaciones analíticas frente a la realidad (33).

Pese a repetidas derrotas, las jefaturas revolucionarias se siguen guiando por estas concepciones simples y alejadas de la realidad, lo que está relacionado con las pretensiones de autoridad y poder de los grupos correspondientes. Cuanto más sencilla y más fácil de comprender es una teoría y la solución pertinente, tanto menos discusiones o controversias surgirán en torno a sus principios y tanto más fuerte será la posición de la jefatura. Esquemas de pensamiento exentos de complicaciones se adaptan muy bien a jerarquías claras de comando y acatamiento; si son aceptados, se va formando una conducta dirigida principalmente a la obediencia y la subordinación. En un medio tradicional —y el mini-universo de la guerrilla es uno de ellos— las autoridades disfrutaban de la facultad todavía subdesarrollada para la crítica socio-política así como de la simplicidad de las opiniones prevalecientes; los jefes guerrilleros son, en último término, los aprovechadores de un bajo nivel civilizatorio.

La simplicidad de los esquemas de pensamiento se hace manifiesta igualmente en la adopción de prejuicios populares, cuya difusión y popularidad han impedido hasta ahora un cuestionamiento crítico de los mismos. Se piensa que los países latinoamericanos disponen de recursos inagotables para el desenvolvimiento económico y que tanto la perfidia imperialista como el desinterés de la clase alta han obstaculizado su utilización racional. Jaime Arenas (34) escribe que la gente se muere de hambre en uno de los países más fecundos y ricos del continente, y esta presunción mal comprobada es usada en toda América Latina para justificar salidas políticas radicales. Por

(32) Cf. por ejemplo CARLOS ROMEO, *op. cit.*, pág. 581.

(33) Acerca de las otras causas del fracaso, que también tienen gran importancia, cf. WALDMANN, *op. cit.*, pág. 58. Sobre la misma problemática bajo consideración de los problemas de integración cf. ARPAD VON LAZAR y V. A. BEADLE, «National Integration and Insurgency in Venezuela», en *The Western Political Quarterly*, núm. 1, volumen 24 (1971), págs. 136-145.

(34) ARENAS, *op. cit.*, pág. 14.

otra parte, las soluciones globales propugnadas por los partidarios de la guerrilla se distinguen por la pobreza de su contenido: se trata de una toma de partido por el modelo cubano de socialismo estatal dictada por los sentimientos, creyéndose que mediante ésto se solucionarán todos los problemas del desarrollo. Un miembro de la guerrilla urbana uruguaya escribió que los «principios fundamentales de una revolución socialista» estaban ya dados y experimentados en países como Cuba. «No se debe discutir más.» Bastaría con plegarse a esos principios y marcar con acciones el camino hasta su realización (35).

El esquematismo de las teorías guerrilleras tiene su paralelismo en algunas corrientes de la teoría latinoamericana de la dependencia, la que ha presentado una explicación del subdesarrollo que es tan simplificadora como fuertemente atractiva. La semejanza entre ambos fenómenos residiría en la concepción de una estructura de clases polarizada y poco matizada, en la predilección por generalizaciones destinadas a todo el continente y en la inclinación por soluciones políticas que no se pueden derivar lógicamente de sus propios análisis. Otro rasgo común puede ser observado en el *externalismo* de ambas tendencias, es decir, en los esfuerzos teóricos por atribuir indistintamente todos los momentos deficientes de la evolución de las sociedades latinoamericanas a la penetración imperialista y a sus lugartenientes nacionales, mediante lo cual se crea una función de descargo en lo concerniente a la responsabilidad por el desenvolvimiento interno.

La autovaloración excesiva de los dirigentes, la aceptación de un ordenamiento estrictamente jerárquico, el tinte voluntarista de todas las acciones y la posición básicamente elitaria de los guerrilleros se han mezclado con las pautas tradicionales de comportamiento en forma muy peculiar, dando origen a elementos de índole inequívocamente totalitaria. El dogmatismo, el celo sectario y las imágenes irracionales de autoridad y dominación, prevaecientes en estas agrupaciones, tienen mucho que ver con aquellas actitudes fundamentales, propias de la mentalidad conspirativa. A pesar —o justamente a causa— de la superficialidad y pobreza de sus enfoques teóricos, los partidarios de la guerrilla son proclives a castigar las más mínimas diver-

(35) «Treinta preguntas a un tupamaro», *op. cit.*, pág. 48. En este contexto resulta notable el hecho de que la mayoría de los guerrilleros tienen ideas tan románticas como nebulosas sobre el régimen cubano; el mismo Debray, que vivió largo tiempo en Cuba, tuvo que construir una versión muy tergiversada de la guerra cubana de guerrillas para dar recién entonces un dejo de seriedad a sus tesis generales sobre la guerrilla latinoamericana. Cf. la crítica pertinente de dos ideólogos cubanos: SIMÓN TORRES y JULIO ARONDE, «Debray and the Cuban Experience», en HUBERMAN y SWEETZ (comps.), *op. cit.*, págs. 44-62.

gencias de opinión con la mayor severidad y a considerar ideas discrepantes como herejías dignas de condenación. Estas últimas alcanzan la categoría de las faltas más graves; la libertad de crítica ha sido equiparada en todos los tiempos con el cuestionamiento de las estructuras jerárquicas del poder, y los detentadores de éste no le han tenido demasiada simpatía. En último término también en el mini-universo de la guerrilla se trata de mantener ciertas estructuras dominacionales, pero esto ocurre en un ambiente de dogmatismo, violencia inmediata y expectativas quiliásticas; esta constelación ha fomentado fenómenos como la intolerancia, la rigidez jerárquica y la mentalidad de súbdito, que pertenecen por cierto a la vida cotidiana de América Latina, pero que son conservadas en el mundo guerrillero bajo un barniz de revolución social. En algunos grupos esto ha conducido a que las diferencias de opinión hayan sido «arregladas» con el fusilamiento de los disidentes y con la persecución más rigurosa de los sobrevivientes que mantenían sus ideas heterodoxas; el Ejército de Liberación Nacional de Colombia ha alcanzado una triste celebridad a causa de la «disciplina» imperante en sus filas —el número de sus miembros, que han pagado con la vida su desviación de la línea general, no es precisamente muy bajo (36), pero aún muchas de estas víctimas estaban convencidas de la corrección de las medidas tomadas por el tribunal de honor y se ofrecieron voluntariamente a cavar la propia tumba poco antes del fusilamiento (37).

La combinación de culto al dirigente con dogmatismo contribuye al renacimiento del caudillismo latinoamericano y a la consolidación de una élite de comando, que en la praxis no debe justificarse ante nadie y que toma una postura paternalista frente a las instancias inferiores (38). Esta tendencia a la glorificación personalista de los jefes está correlacionada con el estilo dramático y sentimental de todas las declaraciones de la guerrilla, con una actitud moralizante frente a los problemas políticos, con la idea del heroísmo diario como contenido de la vida y con la adopción de pautas de comportamiento irracionales y atávicas para los asuntos cotidianos (39). Han sido

(36) ARENAS, *op. cit.*, págs. 46, 52 y sig., 59, 112, 124, 136, 149, 152, 160 y 175 y siguiente.

(37) *Ibidem*, pág. 130.

(38) *Ibidem*, págs. 133, 135; cf. también ENRIQUE VALENCIA, «Notas para una sociología de la guerrilla», en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol. 32 (1970), págs. 335-355. Allemann menciona acertadamente la propensión al prestigio y la manía publicitaria de los jefes, que no están en relación alguna con el modesto resultado de sus acciones: cf. ALLEMANN, *op. cit.*, págs. 206, 214, 209 y sig.

(39) Cf. LAMBERG, *op. cit.*, págs. 50 y sig.; testimonios de antiguos participantes en las guerrillas: BÉJAR, *op. cit.*, cap. 7; JAIME ARENAS, *Dans la guérilla*, Calmann-Lévy, París, 1972, págs. 13 y sig., 46, 57, 148, 174, 175-178, 188-195, 203, 235, 254.

justamente los partidarios de la guerrilla rural los que incurrieron en una idealización romántica de la vida sencilla del campo, áspera pero varonil, y en un desprecio vasto de la cultura urbana. Para Debray la ciudad representaba el lugar de los hombres decadentes, privilegiados y afeminados, *per se* la encarnación del enemigo de clase y el «cementerio de los revolucionarios» (40). A las conexiones urbanas de la guerrilla las denominó con desprecio la «burguesía» de los revolucionarios; *el campo*, en contraposición, sería el espacio de los revolucionarios genuinos, poseyendo además la facultad de «proletarizar» a la gente proveniente de la ciudad y de incitarles al heroísmo cotidiano (41).

Esta actitud romántica, voluntarista y anticivilizatoria, que no fue ajena a los estratos medios pauperizados en Europa entre las dos guerras mundiales, es enriquecida en el área latinoamericana por medio de elementos provenientes de sus tradiciones. El ensalzamiento del heroísmo, la recomendación de valores de orientación de índole biológica y la idealización generalizada de la violencia toman un lugar central. Como criterio para la selección de dirigentes aparece entonces la fuerza de resistencia física, sobre todo en la guerrilla rural (42); los débiles pueden ser vistos a menudo como contrarrevolucionarios (43). La facultad crítica de juicio, los conocimientos y hasta las convicciones toman un cariz accesorio.

Este menosprecio de aspectos racionales prolonga la tradición latinoamericana del culto al héroe, que, a su vez, es inconcebible sin su génesis hispano-católica. Este culto, rico en palabras y gestos, se basa en una idea atávica del honor y está dirigido a acontecimientos momentáneos y muy rara vez a una perspectiva de largo plazo; está entremezclado con el melodrama y la manía publicitaria. En los escritos de Guevara, la preocupación por el heroísmo diario y por la «entrega total a la causa revolucionaria», así como el desvelo por la muerte correcta, fructífera y genuinamente revolucionaria ocupan un puesto eminente en su código de valores (44). La cercanía a la

(40) DEBRAY, *Revolution in der Revolution?*, *op. cit.*, págs. 71, 73.

(41) *Ibidem*, págs. 73, 79 y sig.; crítica a esto: TORRES y ARONDE, *op. cit.*, páginas 48-51.

(42) DEBRAY, *ibidem*, *op. cit.*, págs. 20, 107; ARENAS, *La guerrilla por dentro*, *op. cit.*, pág. 136. Enriquecido por algunas habilidades técnicas, esto vale también para los guerrilleros urbanos; cf. MERCADER y VERA, *op. cit.*, pág. 97.

(43) ARENAS, *ibidem*, págs. 136 y sig.; un luchador de la guerrilla urbana debe asemejarse a un *samurai*; cf. MERCADER y VERA, *op. cit.*, pág. 99.

(44) GUEVARA, *El socialismo y el hombre en Cuba*, loc. cit. Guevara escribió que América Latina debería dar su cuota necesaria de sangre y que los mártires eran bienvenidos e imprescindibles. Cf. GUEVARA, «Mesage to the Tricontinental», *op. cit.*, página 615. Es conveniente mencionar que Guevara creía en la función terapéutica de

muerte, y hasta su idealización y glorificación, determinan los valores pre-conscientes y, por tanto, muy profundos de la ética guerrillera; esta relación tradicionalista con la muerte se diferencia radicalmente del destierro de la muerte en la vida cotidiana de la sociedad industrial moderna (45).

Este mundo de valores prerracionales es complementado de parte de los guerrilleros por el cultivo del *machismo*. La sublimación de virtudes varoniles tradicionales, teñida revolucionariamente, no puede ocultar el hecho de que se perpetúa un patrón muy antiguo y bien arraigado de dominación social y se consolidan normas de comportamiento claramente reaccionarias. El machismo fundamenta no sólo la subordinación de las mujeres dentro del movimiento (según el lema: la mujer como placer y consuelo del guerrero) (46), sino que implica por lo menos la posibilidad hipotética de ejercer el poder, aunque sea en mínima proporción, sobre otras personas (47).

La manutención de numerosos esquemas irracionales de comportamiento provenientes de la sociedad tradicional indica un elemento central del guerrillerismo y, hasta cierta medida, de todo el movimiento revolucionario latino americano: la conservación de rígidas jerarquías y de relaciones inequívocas de dominación dentro de estas agrupaciones. Característico para este asunto es el nexo muy directo y positivo a la violencia inmediata, un nexo que no contiene la superación a largo plazo del empleo de la fuerza dentro del contexto social, sino que coadyuva a su idealización y perpetuamiento. El rol constitutivo de la violencia en la formación de la identidad revolucionaria se manifiesta indubitadamente en la exaltación de la misma bajo diversos modos: no solamente se le atribuye una función emancipatoria e

la violencia: sobre las ruinas humeantes de la vieja sociedad surgiría el nuevo hombre purificado para crear su mundo redimido, lo que daría a los guerrilleros el derecho sagrado de matar sin contemplaciones a los enemigos. Guevara prolonga así los valores más reaccionarios e irracionales vigentes en sociedades tradicionales. Se estima que los excesos y las múltiples ejecuciones cometidas por las tropas guerrilleras comandadas por él en el Congo en 1965 fueron la causa de su extremada impopularidad y derrota en el Africa Central (cf. ZIEGLER, *op. cit.*, págs. 70 y sig.).

(45) Cf. MERLE KING, «Violence and Politics in Latin America», en HOROWITZ, CASTRO y GERASSI (comps.), *op. cit.*, pág. 203; GUILLERMO BOSCÁN YÉPEZ (comp.), *Violencia y política*, Monte Avila, Caracas, 1972, págs. 17 y sigs. (introducción del editor). Acerca de los aspectos sociales de esta relación con la muerte y sobre la dimensión política de la estructura psicológica de Guevara cf. MARTIN EBON, *Che: The Making of a Legend*, Universe Books, Nueva York, 1969, especialmente págs. 132-140.

(46) Sobre la posición de la guerrilla urbana con respecto a este complejo cf. *Nous les tupamaros*, *op. cit.*, pág. 22; sobre la guerrilla urbana cf. ARENAS, *La guerrilla por dentro*, *op. cit.*, pág. 166.

(47) Cf. KLING, *op. cit.*, págs. 191-206; ARENAS, *Dans la guérilla*, *op. cit.*, páginas 198, 248 y sigs.

igualadora, sino también una virtud de integración social y de construcción de identidad colectiva (48). La violencia física aparece entonces como la expresión de la virilidad de una agrupación y hasta como la encarnación de la autoconciencia (49); para Fals Borda es la comprobación de la «vitalidad» de las sociedades latinoamericanas en sus esfuerzos por el progreso y la auto-realización (50). El uso de la violencia es considerado como la expresión de sensibilidad social y como el modo adecuado de responder a las necesidades de autonomía y desarrollo con los medios de la propia tradición. La violencia personificada por la guerrilla adquiere la figura de un instrumento del cambio social, tan necesario técnicamente como culturalmente propio, en razón de lo cual se origina una justificación doble del uso de fuerza: por una parte, la violencia sería el único camino para quebrar estructuras sociales injustas y solidificadas, por otra, ella correspondería cabalmente al «espíritu nacional». Fals Borda legitimizó la vía tomada por la guerrilla porque las circunstancias no permitirían otra alternativa y porque la violencia sería el método adecuado en la búsqueda de «dignidad y justicia»; la crueldad de la lucha dependería de la reacción de los estratos privilegiados (51). Esta actitud tan difundida lleva a descargar toda la responsabilidad por la dureza de la lucha sobre el «enemigo de clase»; la proporcionalidad de los medios es un tema de reflexión que nunca ha causado a los dirigentes guerrilleros el más mínimo dolor de cabeza (52).

Esta concepción de violencia puede seducir fácilmente a exaltar la utilización inmediata y recurrente de la fuerza física en forma colectiva a la calidad de una norma enteramente positiva, transformándose en un mito desprendido de la realidad social, cuya fascinación hace saltar todos los criterios racionales. El anhelo de realizar justicia e igualdad es recubierto por la tendencia a participar en el ejercicio de actividades de violencia física inme-

(48) Cf. DEODATO RIVERA, «Violencia política», en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, núm. 2, vol. 1 (1970), págs. 359-365; KIESSLER, *op. cit.*, pág. 305.

(49) KIESSLER, *ibidem*, pág. 314.

(50) O. FALS BORDA, *op. cit.*, pág. 50.

(51) *Ibidem*, págs. 49 y sig., 57. Este argumento representa un lugar común en la totalidad de la ideología guerrillera.

(52) YÉPEZ BOSCÁN, *op. cit.*, págs. 17 y sig.; GUEVARA, «Message to the Tricontinental», *op. cit.*, pág. 618. La proporcionalidad de los medios no ha sido reconocida jamás como un asunto problemático por los teóricos y prácticos de los partidos comunistas, incluyendo a Lenin. Allemann menciona en este contexto la «estrategia de la provocación» del movimiento guerrillero, el cual quiere inducir al enemigo al uso creciente de la violencia, de acuerdo al principio tan acreditado de «Cuanto más grave, tanto mejor», es decir, hasta que el enemigo de clase muestre por fin su verdadero rostro fascista. Cf. ALLEMANN, *op. cit.*, págs. 425 y sig.

diata, ejercicio que brinda una satisfacción placentera; esta predisposición libidinosa hacia la violencia explica, por lo menos parcialmente, la existencia de fronteras fluidas entre los extremistas de izquierda y derecha y la fuerte fluctuación de cuadros entre los rebeldes y los ejércitos regulares (53).

LA VIOLENCIA Y LA BUSQUEDA DE LA IDENTIDAD

Ningún grupo social puede participar en la vida política de una comunidad y acrecentar su magnitud si se aparta completamente de todas las normas y convicciones de la comunidad dada. Esto vale paradójicamente también para aquellos movimientos que propugnan un orden radicalmente nuevo; un rompimiento genuinamente radical dificultaría la formación de una identidad colectiva sólida y el advenimiento de una solidaridad extensa. Los movimientos social-revolucionarios del Tercer Mundo, incluyendo a las guerrillas latinoamericanas, se han hecho dictar los objetivos centrales de desarrollo —sobre todo la modernización acelerada de toda la sociedad— por los paradigmas metropolitanos, pero se sujetan tanto más desesperadamente a los valores relevantes de orientación y a las pautas de comportamiento de la tradición propia en la esfera político-cultural. El renacimiento de imágenes y preceptos tradicionales, en nombre del espíritu revolucionario, facilita la adopción de modernos standards metropolitanos en el terreno de la tecnología y la industria, alimenta la ilusión de soluciones verdaderamente autóctonas y sale al encuentro de prejuicios, esquemas de pensamiento y conceptos morales anticuados, pero aún vivos de la conciencia colectiva. La utilización inmediata de la violencia y la negativa al diálogo político en el caso latinoamericano se basan en la larga tradición del *caudillismo*, proclive a sustentarse en la pura fuerza de las armas, y en el carácter autoritario, antidemocrático e iliberal de la constitución socio-política; la conservación de normas atávicas, la predisposición libidinosa al ejercicio de la violencia y la vigencia continuada de principios activistas, antirracionalistas y maniqueísta-dualistas no han tenido jamás que ser fundamentadas por medio de una nueva teoría revolucionaria de valores autóctonos por una ideología del caudillismo socialista —todo esto sería absolutamente innecesario—. La validez inalterable de todos estos elementos tiene un cariz *obvio* en el sentido más literal del término, y recién su cuestionamiento o su rechazo podrían

(53) LAMBERG, *op. cit.*, págs. 215, 217, 229; testimonios en: ARENAS, *La guerrilla por dentro*, *op. cit.*, pág. 128; MERCADER y VERA, *op. cit.*, págs. 84 y sig.

causar menoscabo a los fundamentos profundos de la identidad de los movimientos guerrilleros.

La problemática de la identidad guerrillera depende también de la composición social interna y de las motivaciones de sus dirigentes. Los guerrilleros provienen en su mayoría de los diversos sectores de las llamadas clases medias, siendo el número de estudiantes, bachilleres y maestros particularmente alto (54). Orlando Albornoz ha llamado la atención sobre el hecho de que las guerrillas venezolanas han sido, en el fondo, un asunto universitario o inspirado decisivamente por miembros de las escuelas superiores (55). Arenas ha descrito y defendido al mismo tiempo la política de reclutamiento de la guerrilla colombiana: desde un comienzo se eligieron y entrenaron cuadros dirigentes que eran pertenecientes al ámbito universitario, ya que solamente ellos habrían dispuesto de una «adecuada capacidad política» y de una «gran decisión revolucionaria» y desarrollado una «comprensión mejor de la complejidad de las tareas revolucionarias» (56). Estos grupos provenientes de algún estrato medio radicalizado se destacan, empero, por ambiciones muy claras de poder político, que hoy en día en el contexto latinoamericano no son alcanzables por medio de una carrera normal; la vieja predilección de esos estratos por posiciones de comando y por la conquista del poder se entremezcla con un impulso social-revolucionario —el resultado es una contra-élite, profundamente frustrada y decidida a todo, que quiere destruir a la clase alta establecida y colocarse en su puesto (57)—. No se debe descartar la posibilidad de que la predisposición a la violencia y la idealización de la misma estén causadas por un largo período de frustración, el sería también *uno* de los motivos del comportamiento cargado de agresiones propio de estos luchadores; la inclinación concomitante al activismo voluntarista lleva a los guerrilleros a la conclusión de que la privación generalizada de las masas explotadas constituye un potencial revolucionario de primer rango y genera un conflicto de clase vivido intensamente,

(54) Cf. LAMBERG, *op. cit.*, pág. 47; ALLEMANN, *op. cit.*, pág. 353; BÉJAR, *op. cit.*, loc. cit.; ARENAS, *La guerrilla por dentro*, *op. cit.*, págs. 10, 22, 25-40. De acuerdo al origen social la reclutación se inclinaba más hacia los estratos altos que hacia las clases verdaderamente desposeídas.

(55) ORLANDO ALBORNOZ, «Activismo político estudiantil en Venezuela», en ALDO SOLARI y otros, *Estudiantes y política en América Latina*, Monte Avila, Caracas, 1968, pág. 222. Una constatación semejante en: ARENAS, *ibidem*, pág. 31; ALLEMANN, *op. cit.*, pág. 426.

(56) ARENAS, *ibidem*, pág. 31; BÉJAR, loc. cit.

(57) VALENCIA, *op. cit.*, págs. 337-353; KIESSLER, *op. cit.*, pág. 377; LAMBERG, *op. cit.*, págs. 47, 206, 210, 221, 228 y sig.

mientras que en realidad una situación tal tiende a producir sólo apatía y un nivel de expectativas muy bajo (58).

En los sectores radicalizados de las capas medias ha surgido la intención de modernizar aceleradamente el conjunto de la sociedad, pero incluyendo numerosos elementos autóctonos y utilizando a las masas como dóciles portadores manejables de este proceso; los movimientos revolucionarios parten de la suposición de que el atraso socio-económico de cada nación suministra, en el fondo, una precondition central para la revolución anhelada. Reproducen así las hipótesis básicas de la *teoría de la revolución permanente*, la que, desprendida de su creador L. D. Trockij, se ha transformado en el fundamento admitido por casi todas las concepciones revolucionarias en las periferias mundiales. La madurez para una revolución socialista no se busca más en el grado de desarrollo del país respectivo, sino vagamente en el conjunto de la economía mundial, y muy concretamente en la voluntad revolucionaria de las clases trabajadoras o, más precisamente, de sus vanguardias políticas. Las condiciones para el advenimiento de un régimen socialista son desplazadas, por ende, de los factores socio-económicos hacia los aspectos subjetivos y voluntaristas (59), lo cual sale al encuentro de las pretensiones de poder de las contra-élites de orientación izquierdista, resultando congruente con los esfuerzos de estos grupos de alcanzar para el Tercer Mundo los logros metropolitanos en el lapso más breve posible. Esta transición del orden patriarcal y preindustrial al modelo de socialismo estatal implica un salto consciente sobre la «democracia burguesa», por lo que surge el peligro —o la casi segura probabilidad— de que el rechazo de la «democracia burguesa» traerá consigo el menosprecio por cualquier forma de democracia, máxime si las sociedades donde se ensaya el experimento socialista están exentas de toda tradición liberal-democrática.

La utilización de valores tradicionales y anticuados, la idealización de la violencia y la adopción acrítica de metas del mundo metropolitano por el movimiento guerrillero latinoamericano ha ocasionado esa combinación híbrida de aspectos modernos y tecnicistas con elementos tradicionales y reaccionarios, destruyendo así la esperanza en un orden genuinamente emancipado, ya que esa combinación perpetúa la ilibertad constitutiva de los ac-

(58) Cf. JAMES C. DAVIES, «Toward a Theory of Revolution», en J. C. DAVIES (comp.), *When Men Revolt and Why. A Reader in Political Violence and Revolution*, Nueva York, 1971, págs. 134-147; cf. también un estudio de campo bajo inclusión de análisis de factores: JOHN A. BOOTH, «Rural Violence in Colombia», en *The Western Political Quarterly*, núm. 4, vol. 27 (1974), págs. 657-679.

(59) Cf. L. D. TROCKIJ, *Die permanente revolution (La revolución permanente)*, Die Aktion, Berlín, 1930, págs. 62 y sig.

tuales sistemas socio-políticos bajo un manto revolucionario. Esta problemática no tiene un interés puramente académico, porque sin la dimensión de la libertad política y de la conciencia crítica, la abolición de estructuras y relaciones injustas no podrá superar la injusticia secular, es decir, la impotencia del individuo frente a las poderosas instancias anónimas de la economía y del Estado y su dependencia con respecto a las normas convencionales de comportamiento social.